

UNAMUNO

O EL ESPIRITU DE CONTRADICCION

Por PEDRO DE ALBA

I

DISCUTIR y batallar son actividades españolísticas; la sacristía, el redondel taurino, el seminario, el café o la plaza pública, son teatro propicio para la más bulliciosa y enconada dialéctica.

El término "espíritu de contradicción", un tanto conceptuoso y académico, tiene en castellano tan amplia acogida, que ha pasado a ser patrimonio del lenguaje popular. En las discusiones se pasa con frecuencia del tono comedido al grito insolente, del silogismo a la diatriba, del razonamiento a la provocación. En la vida pública, cuando se agota la controversia parlamentaria, se coloca a todo un pueblo en un callejón sin salida y entonces se le lleva por los caminos de la acción directa o de la guerra civil.

Tales rasgos pueden observarse lo mismo entre las gentes doctas que entre las masas iletradas. Con motivo de la muerte de Valle Inclán se escribieron anecdóticos prolijos, efémérides trágicas o pintorescos recuerdos, en cantidad suficiente para formar dos o tres volúmenes. De toda esa selva de historias e invenciones, se me quedó grabado lo que se contaba de los encuentros de Unamuno con Valle Inclán.

En los cenáculos frecuentados por los capitanes de la generación del 98, hubo de todo; desde una luminosa disertación hasta el furibundo estacazo. Valle Inclán y Unamuno eran incompatibles; la gárrula fantasía del gallego ponía fuera de sí al vasco-castellano; el profesor de Salamanca no podía perdonar al aventurero Bradomín su

brillantez, su descaro, su destreza para responder a una estocada sardónica con un chiste ingenioso, a una ordenación lógica con la elegancia de un contrasentido.

En los comentarios de Unamuno a la muerte de Valle Inclán, se traslucía algún rencor; don Ramón había tenido la audacia de vivir una vida absurda; en su contra se podía arguir aquel elegante desenfado con que en cualquiera controversia él opacaba a los demás. Alguien dijo entonces que el bastonazo histórico que dejara manco a Valle Inclán debió habérselo dado Unamuno y no Manuel Bueno.

En los últimos años se le acentuaron a don Miguel sus arranques y sus genialidades. Nadie escapaba a la usura del tiempo. El sentido heroico y trágico que Unamuno diera a su vida intelectual; su valerosa actitud para desafiar monarquías y dictaduras; sus destierros voluntarios o sus ausencias forzadas del remanso de Salamanca, acabaron por desgastar aquella poderosa personalidad. Su crítica constructiva de antaño, la substituyó con el negativismo sistemático de sus últimos años; sus extravagancias personales las atribuyó a toda España; sus resentimientos, a veces mezquinos, los erige en trascendente doctrina; el alejamiento y la soledad lo obligan a eternas polémicas consigo mismo y a fuerza de llevar la contra a todo trance, acaba por negarse a sí mismo y por olvidar su propia obra.

¡Qué pocas gentes saben sobreponerse a sus derrotas y resentimientos! El orgullo, que fuera conciencia del propio valer en el caso de Unamuno, enloquece a gentes equiibradas. Cuando

otros con menos merecimientos gozan de notoriedad, de riqueza, o de poder, se subleva el hombre que se siente superior y que se considera despojado.

Entre los episodios de esta amarga situación de España en guerra, se me quedó grabado un rasgo de Ramón Pérez de Ayala. A él le habían hecho las izquierdas la inconsecuencia de retirarlo de la Embajada de Londres, le cancelaron también la comisión que tenía en el Patronato del Museo del Prado, poco tiempo después de las elecciones que dieran el triunfo al Frente-Popular. Vino a poco el cuartelazo en julio de 1936. Veinte días después de su comienzo se publica un manifiesto de adhesión al gobierno de Azaña, firmado por los intelectuales españoles de mayor prestigio; con ese motivo se agigantó a mis ojos la figura de Pérez de Ayala. A pesar de sus dolencias personales, él supo colocar sus convicciones y sus antecedentes por encima de pequeños rencores y apareció firmado ese documento histórico que encabezaban Marañón, Antonio Machado, el Dr. Negrín y Ortega y Gasset. Esa noche de agosto de 1936 el radio de Madrid envió un mensaje al mundo con tal noticia. Ramón Pérez de Ayala daba una lección de altura moral a sus contemporáneos.

II

Agorero empedernido

De don Miguel no se puede decir que haya sido mesiánico; casi nunca se le ocurrió ofrecer a nadie el reino de los cielos ni la tierra prometida. Era amante de vaticinios adversos; sus profecías traían un cierto eco de los profetas del cautiverio de Babilonia. Si se pudiera hacer una recopilación de cuantas cosas predijo Unamuno, se completaría un verdadero oráculo negro. Esa actitud fue de toda su vida, lo mismo en una entrevista frívola, que en una sesuda conferencia gustaba de lanzar augurios. Hay que reconocer en que algunos de ellos se cumplieron. Tal género de pensadores ásperos y atormentados no es ajeno al espíritu español. Figaro y Ganivet, que no estaban fijos en tierra firme, acabaron con el pistoletazo, suicidio que se interpreta como señal de protesta por la incompreensión de su época. Joaquín Costa y don Miguel de Unamuno fueron afines por cuanto al tono, pero incompatibles en el fondo. Costa, el aragonés, tenía más fe en su

pueblo, en el estado llano español, en el hombre de calzón y alpargatas. Se pasó la vida abogando por una política para los de abajo; la aridez de su patria lo hacía protestar, pero no lo desanimaba, él pedía riego para los desiertos; letras para el ignorante, tierras para el labriego. Costa pasará a la posteridad como un español ejemplar, porque siempre batalló en favor de una España que fuera verdadera madre justiciera para todos los españoles. Unamuno y hasta el mismo Ortega y Gasset, hablan con frecuencia "de una España de labriegos", impenetrable, según ellos, a renovaciones fecundas.

Algún amigo mío paseaba cierta vez con don Miguel por las cercanías de Salamanca. En esos días se desarrollaba una campaña en la prensa de las izquierdas en defensa de arrendatarios y aparceros, a fin de que con el fomento de cooperativas agrícolas, pasaran a la categoría de dueños de la tierra que trabajaban. Al ver a los labriegos astrosos y polvorientos que volvían a sus hogares, Unamuno disertaba sobre la vieja teoría de que el campesino necesitaba primero escuela que la tierra. "¡Para qué les servirá a estas gentes recibir una parcela!"—exclamaba en tono desalentado—. "No se trata sólo de la "parcela"—le insinuaba tímidamente mi amigo—"se pretende librarlos de la explotación, del jornal de hambre, de la afrenta de que ellos vivan en tal miseria mientras los propietarios sostienen palacios lujosos en Madrid". "Esas son zarandajas del socialismo y ya usted sabe que yo nunca he sido socialista"; concluía con afirmaciones extrañas diciendo que en el campo las cosas estaban bien como estaban; él que siempre había sido un rebelde... De fijo sostenía aquella tesis sólo por llevar la contra al interlocutor.

Un episodio de cierto valor histórico fue el que sobrevino al día siguiente de las elecciones del 16 de febrero de 36, cuando el triunfo de las izquierdas. Don Miguel iba en camino de Londres, se le había invitado por una de las más linajudas universidades inglesas, no estoy cierto si Oxford o Cambridge, para sustentar unas conferencias y al mismo tiempo hacerle entrega de la toga de "Doctor Honoris Causa". Al enterarse de que el Frente Popular había tenido mayoría abrumadora, se empeñó en lanzar vaticinios adversos durante una entrevista que concedió a los representantes de la prensa internacional. Volvió a sus temas de hacía cuarenta años: "España es un país de locos, una raza ilógica, una tierra de contra-

sentidos. Este triunfo del Frente Popular será una llamarada efímera; si para dentro de un mes se convoca a las elecciones municipales, entonces triunfarán las derechas; más que una nación, mi patria es un manicomio”.

Nunca había estado conforme con las derechas, pero él quería unas izquierdas a su gusto...

III

La muerte fue piadosa con él

La muerte libró a don Miguel del dolor de prolongar su vejez en una atmósfera enrarecida, en un ambiente de humillaciones como jamás se había visto en la historia de España.

Asistió al primer acto de la tragedia, pero no tuvo idea de su desarrollo ulterior. El choque inicial lo hizo divagar en el vacío y anduvo flotando entre amargas contradicciones. Elementos extraños ofendían la estructura de su España castiza y no encontraba punto de apoyo para seguir lanzando sus profecías, ni lentes adecuados para ver con claridad hacia el futuro.

El dolor y la desesperanza han hecho perder la razón a los cerebros españoles mejor equilibrados; hombres de altura que al principio firmaran su adhesión al Gobierno del Frente Popular, inopinadamente se pasan al otro campo; ciertos ilusos que fueron al terreno fascista ahora regresan espantados de lo que allá ocurre.

Con frecuencia se recuerda la frase que se acuñó cuando el suicidio de don Mariano José de Larra, “Fígaro”: “era que le dolía España”. Dolencia que está convirtiendo a la nación española en un pueblo de suicidas.

A Unamuno se le prendió el aguijón en la entraña más noble, le dolía toda España; lo dijo con palabras ásperas y videntes, pero muy aden-

tro guardaba ternura paternal para cuanto era de su tierra.

Nunca dió a conocer ni sus debilidades físicas ni sus quebrantos morales. Marchaba erguido, impermeable al cansancio, refractario a la conmiseración. Sus familiares tenían que valerse de subterfugios para cuidarlo, lo mismo a la hora del paseo que en sus cuitas domésticas, como si quisiera morir caminando derecho y subiendo cada vez más alto. En los últimos tiempos era como un niño rebelde y caprichoso. No aceptaba someterse a tratos suaves o a cuidados excesivos, quería guardar hasta el final su gesto dominante de hombre duro y estoico.

No escasearon los rasgos infantiles en la mentalidad de don Miguel; hay que recordar aquel deleite con que hacía pajaritas de papel a espaldas del ambiente solemne y a despecho de las doctas disertaciones del rectorado de Salamanca.

Respeto y admiración merece su memoria. Fue de los hombres implacables con los demás y consigo mismo; intransigente y atrabiliario, no tuvo flexibilidades complacientes ni claudicaciones lastimeras. Sus extrañas salidas y sus arrebatos inesperados de los últimos días de su existencia, señales fueron de aniquilamiento y de fatiga. Había pasado el medio siglo de su plenitud intelectual, buscando a su España limpia, superada, justa, y al final se extravió en el laberinto oscuro de los sufrimientos y de las contradicciones.

La España de hoy vive las jornadas de una nación mártir, porque trata de encontrarse a sí misma y de vivir su vida con decoro.

Unamuno filósofo, poeta a veces, moralista siempre, maestro por antonomasia, perteneció a la estirpe de los atormentados, de los que vibran en los registros trágicos del pensamiento, en las disciplinas severas de la acción rebelde, en la defensa apasionada de la dignidad del hombre.

XEXX 1170 Kcs. Onda Larga

XEYU 31.25 Mts. Onda Corta